

Nueva
Antropología **27**

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

**LA IZQUIERDA EN MEXICO:
controversias en torno a la unidad.**

MIGUEL ANGEL VELASCO, La unidad de la izquierda, una visión histórica * JAVIER ROMERO, La unidad de la izquierda, entre deseo y realidad * EDUARDO IBARRA, Pormenores de un proyecto unitario para 1982 * ROGER BARTRA, La unidad ¿para qué? * HUMBERTO MONTEON, Mella murió por la Revolución * OLGA CABRERA, Un crimen político que cobra actualidad * JUAN LUIS SARRIEGO, Comportamiento político y acción sindical * CAMILO VALENZUELA, Problemática y perspectiva de la unidad de la izquierda mexicana * Documentos.

La unidad de la izquierda entre deseo y realidad

Javier Romero

Ha transcurrido un medio siglo casi completo. El 11 de noviembre de 1935, en el viejo Teatro Hidalgo de la ciudad de México, se producía un hecho insólito dentro del azaroso proceso de la izquierda —o las izquierdas— de México. Ahí, saludados por el entusiasmo de quienes llenaban la sala, Vicente Lombardo Toledano y Hernán Laborde se estrechaban en un abrazo. ¿Se quiere un acto más simple, visto con los ojos de hoy? Pues no. Si nos esforzamos por situarnos en la época, comprenderemos por qué en ese momento aquel abrazo podía calificarse de “histórico”, sin la vulgar facilidad con que se usa el calificativo. Había motivos para representárselo con la calidad de un vuelco, aunque con la perspectiva del tiempo tengamos

razones para verlo en la contextura lábil del abrazo de Acatempan.

Recuérdese que Lombardo aparecía ya como el líder de más prestigio y de mayor fuerza de atracción entre los obreros, y Laborde era, desde julio de 1929, el secretario general del Partido Comunista, esto es, en toda la etapa de clandestinidad de la que el PC apenas había salido a la llegada de Lázaro Cárdenas a la Presidencia de la República, en diciembre de 1934. Bien se conocía la agria controversia entre las posiciones que representaban los dos dirigentes, y el encuentro del Hidalgo se presentaba, a la vez, como el punto de culminación de un proceso reciente y el arranque promisorio hacia objetivos unitarios o de alianza, inconcebibles unos meses antes. Ese día

de hace casi 50 años —asombro y esperanza— puede fecharse el primer intento de unidad de izquierda.

ENCUENTRO EN MOSCÚ

Lombardo y Laborde, rivales en México de un *match* que se antojaba eterno, se habían conocido personalmente apenas 2 ó 3 meses antes ¡y en Moscú!, donde se hallaban por móviles distintos. Laborde, Miguel A. Velasco y el joven José Revueltas fueron delegados al VII Congreso de la Internacional Comunista, reunido del 25 de julio al 20 de agosto de 1935, en la capital soviética. Lombardo realizó en esos días el primer viaje de su vida a la “patria del socialismo” —como entonces se llamaba al único estado socialista—, en comisión de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México, la CGOCM de la que era secretario general, y fue huésped de los sindicatos soviéticos. Naturalmente, los viajes eran largos en ese tiempo. Empezado el de Lombardo por tren, el 13 de julio, terminó en la misma Estación Colonia de la ciudad de México el 20 de octubre.

Acompañado por Víctor Manuel Villaseñor —quien narra el periplo en sus *Memorias de un hombre de izquierda*—, Lombardo conversó con Nicolás Shvernik, presidente del Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos, Alejandro Losovski, secretario general de la Internacional Sindical Roja, Dimitri

Manuilski, del Comité Ejecutivo de la COMINTERN, y Jorge Dimitrov, elegido en el VII Congreso secretario general de la propia Internacional Comunista. Es obvio, el meollo de aquellas conversaciones (al margen, por supuesto, de la reunión de los partidos adheridos a la Internacional a los que Lombardo era ajeno fue la tesis de los frentes populares en la lucha antifascista, tesis que adoptó el VII Congreso y de la cual fue campeón Dimitrov. Y el encuentro moscovita con Laborde tuvo el mismo hilo conductor, apuntado a su aplicación a las condiciones de México.

No sin alguna reducción al absurdo, podría decirse que en ese momento Lombardo se internacionalizaba y el PC, sobre la línea de una idea internacional, se nacionalizaba. En Lombardo, era la desembocadura del viraje hacia el marxismo iniciado por lo menos una década atrás y definido en el discurso del 23 de julio de 1932 al que tituló “El camino está a la izquierda”. Fue el discurso que lo llevó al rompimiento definitivo con Morones y sus criaturas: la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) y el Partido Laborista Mexicano. (Vale aclarar, de pasada, que la frase aquella constituía ya un latiguillo de Lombardo, no la lanzaba por vez primera. Por ejemplo, en *El Machete* del 10 de septiembre de 1931, dentro de una de las habituales notas dedicadas a fustigar a Lombardo, bajo el título “Lombardo Toledano, tan traidor como Morones”,

se consignaba: "Lombardo grita que 'el camino está a la izquierda'. . .") Como quiera, al regresar de la URSS, Lombardo y Villaseñor deciden transmitir sus impresiones en un ciclo de seis conferencias —cuatro a cargo de Lombardo y dos de Villaseñor—, cuyos textos se recogieron en el libro *Un viaje al mundo del porvenir*. En el marco de la primera de esas conferencias fue el abrazo del Hidalgo.

Por lo que al Partido Comunista se refiere, a raíz del Congreso de la COMINTERN, en octubre del mismo 1935, los delegados encabezados por Laborde dirigieron al Comité Central la célebre carta en que se orientaba el cambio de línea del PC, cuya tarea central había de ser crear "un amplio frente popular ant imperialista", una de cuyas premisas —rodeada de críticas acusadas a la línea anterior— consistía en el cambio de actitud frente al gobierno de Cárdenas y la fuerza obrera organizada no comunista.

LA CUESTION MEXICANA

Hay que evitar sacar de aquello conclusiones apresuradas. La situación de México, efervescente, empujaba hacia la búsqueda de formas de unidad. El mes anterior a la salida de Lombardo hacia la URSS, en junio, se vivió la fundamental crisis política que condujo a la liquidación de la "jefatura máxima" de Calles y a la consolidación del poder presidencial de Cárdenas.

El 12 de junio se publicaron en *El Universal* y en *Excélsior* las declaraciones de Calles, hechas el 11 por conducto del senador Ezequiel Padilla. Como se sabe, amenazaba al Presidente de la República y al movimiento obrero, y, sin velos verbales acusaba a Alfredo Navarrete —secretario general de la Cámara Nacional del Trabajo y del Sindicato de Ferrocarrileros— y a Lombardo de dirigir el "desbarajuste". Se dispara entonces la movilización obrera más vigorosa que se hubiera conocido en México. A una breve respuesta individual de Lombardo, publicada en los diarios del mediodía, sigue la colectiva de la CGOCM, y el mismo día 12, en el Sindicato de Electricistas, a su iniciativa, se reúnen, con éstos, los representantes de la CGOCM, de la Cámara Nacional del Trabajo, del sindicato de ferrocarrileros, el de mineros, el de telefonistas, dos agrupaciones de tranviarios, la Alianza de Uniones y Sindicatos de Artes Gráficas, la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal y la Confederación Sindical Unitaria de México. La protesta que acuerdan se publica la tarde del 12 en un solo periódico: *El Día* de ese tiempo. *Excélsior*, *El Universal* y *El Nacional* no aceptan la inserción ni pagada por adelantado, y *El Universal Gráfico* da excusas y devuelve el dinero que había recibido.

Calles asustaba. Pero aquella confluencia, que une a los dispersos en acción concreta, es definitiva. Cárdenas da el salto sobre el punto de apoyo

combativo. El 13 de junio, mientras las organizaciones coligadas refrendaban su actitud, el Presidente reivindicaba la legalidad del Poder Ejecutivo y reafirma su posición de respeto al derecho de huelga. A continuación, el 14, los coligados dicen que los obreros esperan que el Presidente sabrá cumplir las promesas de respeto a sus derechos, reiteran el repudio a Calles, e insisten en el propósito de lucha independiente, sin ataduras a ningún caudillaje, válida sólo de la fuerza de organización proletaria. El 15 se da a conocer el "Pacto de Solidaridad", en el documento que se titula: "Todos unidos ante el enemigo común"; se ha constituido el Comité Nacional de Defensa Proletaria, que habrá de ser fundamento de la unificación en una sola central cuyos lineamientos deberán trazarse en un congreso nacional obrero y campesino. Calles se declara en retirada el 16, y el 18 sale en avión hacia Navolato, Sinaloa, y pronto a los Estados Unidos. A contragolpe, ha fertilizado la simiente de unidad obrera. (Para pormenores de la "crisis de junio", vid. *Futuro* —la revista dirigida por Lombardo—, núm. de julio, 1935.)

Nótese bien, entre los agrupamientos proletarios que acuden a la acción solidaria está, desde el principio, la Confederación Sindical Unitaria de México. La firma de sus secretario general, Miguel A. Velasco, y del secretario de Organización, Jorge Fernández Anaya, aparecen en todos aquellos documentos. Son ellos prominentes

militantes del PC de M y la misma CSUM, desde su nacimiento, proclamó su orientación comunista. No obstante, como tal, el PC adoptó el mismo 12 de junio la consigna "Ni con Calles ni con Cárdenas", y cuando Calles ha salido ya de México, a fines de junio, la cambia por otra estrecha aún: "Con Cárdenas, no; con las masas cardenistas, sí". No será sino el 31 de agosto cuando, en un artículo de *El Machete*, a manera de tanteo, expresa su disposición a apoyar las medidas de Cárdenas contra el imperialismo, la reacción y en provecho de las masas populares. Realmente, el cambio de línea —sin eludir sus vicisitudes ulteriores— se desprenderá de la carta de octubre. Dentro de la reconocida estrechez de miras, no deja de ser significativo cómo los hechos, la advertencia del peligro que cercaba la vida sindical, empujan a la CSUM a la acción unitaria, aun en contradicción con la línea de su partido.

UNA VIDA ENDOGENA

He puesto el acento en algunos de los rasgos —sólo algunos— de la situación de 1935, porque es el momento en que se dan las condiciones para un real proyecto de unidad de izquierda mexicana, hasta el grado de poderlo considerar el primero auténtico. Valga decir —sin poder entrar a la caracterización de toda su historia— que el Partido Comunista de México no había

tenido conciencia (o habrá quien, con la terminología de hoy, diga “vocación”) de unidad. Quizá sería mejor afirmar que ningún partido comunista del mundo, aunque con formas agudas en el mexicano. La idea del monolitismo del partido de vanguardia de la clase obrera y la concepción de la toma del poder tipo bolchevique, asimilaba de manera demasiado mecánica, bloqueaban las rutas de las alianzas. Claro, faltaría analizar las circunstancias que en los primeros 10 años de su historia lo impulsaron a hacer causa común, por ejemplo, con el obregonismo, frente a la rebelión militar delahuertista, en 1923-1924, y la decisión de combatir a los generales insurrectos contra el callismo, en 1929. Pero sobre todo a partir de este último año, cuando se le condena a la ilegalidad, y en los cinco subsecuentes de actividad clandestina, es evidente que se encierra en sí mismo, atendido a sus posibilidades endógenas. Es el admirable partido heroico que estampa su sello en la historia de México —y sólo históricamente se le puede examinar—; pero la vida clandestina, digamos de modo natural, agudiza su carácter de secta. Agréguese el factor del pupilaje exterior a que se somete con muy poca o ninguna crítica, relevado del análisis concreto de la concreta situación mexicana. Como lo señalaba en 1975 Arnoldo Martínez Verdugo (secretario general entonces del PCM), en el prólogo a la edición facsimilar de *El Machete ilegal* (7 de noviembre de 1929-10

de septiembre de 1934):

“La orientación que guiaba en estos años el trabajo del PCM y que su periódico expresaba, había sido elaborada por el Pleno del Comité Central de julio de 1929, que introdujo una desviación sectaria en la línea del Partido. Esta desviación se originó, por una parte, como reacción al giro derechista del maximato y como resultado de la incomprensión de la lucha por la hegemonía en el estado y en el partido oficial y, por otra, a causa del traslado mecánico a las condiciones del México de entonces, de las conclusiones izquierdistas del X Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (julio de 1929), que llevó a considerar a los socialdemócratas los enemigos más peligrosos del comunismo en las filas del movimiento obrero y el mayor freno a la combatividad de las masas obreras.”

Por lo demás, en el universo del pensamiento comunista, era antigua la tesis de la necesidad de poner al descubierto y combatir a los falsos amigos del proletariado (y lo eran todos los que no fueran comunistas), porque de sus enemigos desembozados el proletariado se cuidaba solo.

EL PROJIMO ENEMIGO

Basta revisar las páginas del volumen de “El Machete ilegal” para representarse cómo se aplicaba aquella concepción en México. Vicente Lombardo

Toledano era el blanco de las más agudas saetas. "El amarillo Toledano" se le titulaba, elegido el segundo apellido con intención peyorativa, y el mote "amarillo" buscaba señalar el viejo reformismo cromista y sus líderes "vaquetones". Pero, sobre todo, es significativo que los embates contra Lombardo se agudizan después de su declaración marxista de 1932 y su rompimiento con Morones, independientemente de las inconsecuencias objetivas que puedan descubrirse en su pensamiento. En un artículo editorial del 20 de marzo de 1933 —y es sólo un ejemplo—, *El Machete* se declara "contra los mistificadores del marxismo", y apunta en el sumario: "El peligro mayor desde este punto de vista lo constituye el falso marxismo de Lombardo Toledano".

Prohibida la unilateralidad histórica, es preciso decir que Lombardo no fue ajeno a la pugna, ni fue pasivo en sus términos. Hasta bien corrida su existencia, por táctica, se cuidó de avisar a quien lo interpelaba sobre su "comunismo" que él no era miembro del Partido Comunista, lo cual naturalmente, fue cierto. Se proclamaba marxista definido y decidido, leninista incluso; pero sabía desviar el tema si públicamente se insistía en que ello podía colocarlo en la clasificación de comunista. Por lo demás, convencido de que él representaba la lucha real por conducir a México por la ruta del socialismo, no se ahorra las pullas contra los militantes y la dirección del PC

(aparte la puntería puesta en las evidencias de desviaciones sectarias). En los momentos de su definición de 1932, se lanzaba contra los comunistas que, "fuera de Rusia", "desprestigian al régimen ruso en lugar de allegarle adeptos y se limitan a escandalizar, a exacerbar a las masas, llevándolas a sacrificios parciales e inútiles y descuidan en cambio la labor de doctrina y convencimiento racional y duradero".

Sin entrar al juicio de las dos posiciones, lo que interesa aquí es hacer resaltar que, en el menudeo de ataques y contraataques, se probaba la ausencia de espíritu unitario de las izquierdas que alentaban en México.

Ni era sólo Lombardo el objetivo de los disparos comunistas. Adalberto Tejeda, de los gobernadores de más definida izquierda de la Revolución Mexicana, era acusado en *El Machete* de noviembre de 1930 de tener "dos caras". En el número de julio de 1932 se dice que "el izquierdista Adalberto Tejeda" es el "más peligroso de los fascistas". Cuando ya Tejeda se prepara a lanzar su candidatura a la Presidencia, opuesto al callismo, *El Machete* afirma (10 de enero de 1933); "Tejeda no es ni ha sido nunca comunista" (lo cual, desde luego, era cierto), y esto lo lleva a añadir: "El Partido Comunista lucha en primer lugar contra Tejeda". Y ya constituido el Partido Socialista de las Izquierdas que proclama la candidatura de Tejeda, *El Machete* critica en una serie de artícu-

los (20 de septiembre a 30 de octubre de 1933) el programa electoral del tejedismo, al que caracteriza como "izquierda" "del régimen burgués-latifundista". (Dicho entre paréntesis, sólo por uno de los deslices de memoria en que incurrió en sus últimos años —deslices a los que me he referido en otro sitio— puede explicarse esta aserción de Lombardo contenida en una de las entrevistas que concedió a James W. Wilkie entre el 6 de mayo de 1964 y el 29 de enero de 1965, concretamente la del 3 de noviembre: "Lo que ocurría también era que el Partido Comunista quería al coronel Tejeda como candidato a la Presidencia de la República. . ." Además de las críticas que nos dicen lo contrario, bien se sabe que el PC tuvo en Laborde su propio candidato).

Narciso Bassols, a quien la derecha tachaba también de "comunista" incrustado en el gobierno y cuyo izquierdismo de esa época dentro de la "familia revolucionaria" de Calles era indudable, para *El Machete* merecía el calificativo de "odioso ministro de Educación", "amigo de Lombardo Toledano" (29 de agosto de 1934).

Etcétera. No son aquellos sino ejemplos para subrayar, en contraste, el vuelco sensacional que se produjo en 1935. Ciertamente, se notaban algunos signos previos dirigidos al giro; pero eran tenués, contradictorios e inconsecuentes en su misma formulación. En el último número de *El Machete* en la ilegalidad, fechado el 10 de

septiembre de 1934, dos meses y días, pues, antes de que Cárdenas tomara posesión de la Presidencia, se anuncia: "Frente único contra el fachismo y la guerra" ("fachismo", en vez de fascismo, era la palabra usual, con sus derivados "fachizar" y "fachización"); y a continuación de los grandes caracteres de aquel título, este sumario: "Llamamiento del Partido Comunista. Se compromete a no atacar a los líderes durante la acción." Bien, pero en el texto de la nota, a manera de recordatorio, se volvía al estilo grueso: ". . . Toledano patrocinó el engaño a los trabajadores de Veracruz. . .", "Pérez Medina entró en competencia con Toledano. . ." Y en nota inmediata: "Navarrete y Cía. rompen la lucha de los ferrocarrileros. . ."

Como hubiera sido, ya desde el primer instante del viraje unitario será advertible el forcejeo ideológico. Quienes están con Lombardo en la dirección de la CGOCM (los llamados "5 lobitos": Fidel Velázquez, Jesús Yurén, Alfonso Sánchez Madariaga, Jesús Quintero y Fernando Amilpa) desautorizan la propaganda favorable al comunismo que pudiera desprenderse de la conferencia del 11 de noviembre de 1935. Logra el propio Lombardo una rectificación paliativa, en tanto la Federación de Estudiantes Revolucionarios, organismo orientado por los comunistas —cuyo secretario general es el joven de 20 años Enrique Ramírez y Ramírez—, publica un manifiesto con la expresión de un voto de con-

fianza a Lombardo y su repudio a la "mordaza" que pretenden ponerle los líderes de la CGOCM.

UN HOMBRE EN LA TORMENTA

Todo conduce, de cualquier manera, a la fundación de la CTM, en febrero de 1936. Es el punto más alto de la unidad, en términos de movimiento obrero. Y ahí se da también la confluencia del lombardismo y los comunistas, pero confluencia en tensión. Baste ahora, sin cabida para el análisis de los episodios del conflicto, apuntar que las fuerzas centrípetas y centrífugas de la alianza no se aquietan jamás en su choque. La crítica tiene bastante materia en el examen de contradicciones y vaivenes, deslizamientos al sectarismo y el oportunismo, presencia de directrices exteriores, casi siempre conturbadoras, y factores objetivos y subjetivos entremezclados. Sin embargo, en esas expresiones de unidad, inestables, precarias, a la orilla del abismo muchas veces —aun en la suposición de que el proceso pudo ser distinto y mejor—, hay que reconocer las líneas vectoras de buena parte de los avances conseguidos en las condiciones del gobierno de Cárdenas, sin descontar lo que bien corresponde a la fuerte individualidad del hombre en el poder político supremo.

Llegados a este punto, no puede evadirse una cuestión que se hace central y transitará por un largo período

del proceso mexicano —concretamente el proceso de la izquierda y su influencia en el proceso general—, hasta repercutir, con matizaciones diferenciales, en la situación de nuestros días. Me refiero al papel casi excluyente de las relaciones del Partido Comunista y el "lombardismo" o, de manera personificada, Lombardo. No sin cierta jactancia de su función protagónica, Lombardo mismo dirá, a lo largo de su discurso de conclusión —o ensayo de conclusión para volver a empezar— de la *Mesa redonda de los marxistas mexicanos*, de enero de 1947: "... hace ya mucho tiempo que yo deseo saber cuáles van a ser las relaciones sinceras, reales, verdaderas, entre el Partido Comunista y mi persona, entre los demás marxistas y yo, porque el 'antilombardismo' dentro de los marxistas, antiguos miembros del Partido y dentro de los actuales miembros del Partido, es un hecho, y eso yo necesito que sea resuelto (. . .). . . lo que yo no admito es el tratamiento desleal hacia mi persona, eso no lo tolero. . . , y eso es lo que ha emponzoñado en el pasado nuestras relaciones, las relaciones entre el Partido Comunista y yo, y otras gentes que nunca han sido del Partido."

Pero no quiero adelantarme. Habían pasado entonces por lo menos 10 años de confrontaciones, de recriminaciones, reproches y acusaciones recíprocas, principalmente desde la fugaz salida de la CTM, en 1937, de los comunistas y los sindicatos de indus-

tria que los siguieron. Abandono pernicioso, al grado de que los electricistas nunca se reincorporaron. Y el retorno de los comunistas, en el mismo 1937, con la capa caída de la consigna "Unidad a toda costa", fue la malsana medicina aconsejada por Browder, dirigente comunista de los Estados Unidos, personaje cuya intervención será fatal hasta después de concluida la guerra mundial. La dirección comunista mexicana no se había curado, ciertamente, de la vieja enfermedad del sectarismo, con basculaciones al oportunismo. Pero de ninguna manera es desdeñable lo que representó en el conflicto el sañudo anticomunismo de los líderes reformistas —con los "lobitos" a la cabeza—, que dominaron el aparato desde el principio y de cuyo cerco no pudo —o no supo— librarse Lombardo. Ese dominio se fortaleció después del 37, y fue malo para los comunistas, que no recobraron jamás las posiciones directivas en la CTM; pero, como el proceso ulterior lo probaría, atroz también para Lombardo, y, en definitiva, nefasto para la izquierda.

Son desquiciamientos de los proyectos de unidad, que sin embargo no se abandonan ni en los escombros de los terremotos. Hay, sin lugar a dudas, divergencias de estrategia y sobre todo de tácticas, aun en el largo trecho en que se perfilan objetivos comunes, acogidos a los mismos trazos generales: todos hablan en nombre del marxismo —más o menos sustentado en un

andamiaje esquemático, del que no escapan, en buena parte, ni las pretensiones de profundización en que Lombardo, sin cuestionarse, tiene pies adelante—, del leninismo; todos son antimperialistas y se aplican en la lucha antifascista; todos ven en la Unión Soviética el modelo de un porvenir al que había que tender en las condiciones propias, mejor o peor analizadas u obedecidas para poder llevarlas por el camino de las transformaciones; todos, quien más, quien menos, acriticamente, pasivamente, oyen en la de Stalin la palabra del gran conductor hacia el mundo nuevo; todos están convencido de que la misión de los socialistas en la concreta circunstancia es abandonar al pueblo para las grandes batallas de la nación, sin descuidar las batallas de clase en el interior, pero sin que, tampoco, éstas levanten obstáculos demasiado altos a aquélla, conjugadas en el mejor caso; y todos —aunque no sin controversias sobre su caracterización— concuerdan en la necesidad de llevar a la revolución nacional hasta "sus últimas consecuencias", en particular durante la etapa de Cárdenas, en que se vislumbra un cierto tránsito por la vía del socialismo. Esto entraña, a la vez, las cuestiones de la alianza con el poder público, con quienes en el poder se inclinan al cambio. Con Cárdenas, los elementos de la alianza se presentan naturales, lógicos; pero el seguidismo, el marchar a la cola del poder, es un riesgo con el que constantemente se tropieza. Y, dentro

de las grandes coincidencias, difieren los modos de caminar hacia las metas, sin detenerse en el encarnizamiento ni reparar en los propios destrozos.

Como fuera, Lombardo se aparece como el hombre representativo de las masas en acción. Primero, con Cárdenas, como el indiscutible dirigente obrero de primer orden, con influencia en los demás estratos de acción popular. Con Avila Camacho —la guerra sobre el mundo y sobre México sin escape—, al frente Lombardo de la Confederación de Trabajadores de América Latina, sin perder —por lo menos en apariencia— su ascendiente ideológico sobre el CTM y el movimiento popular en general, es la principal figura de la lucha antifascista, lucha total del momento. Al finalizar la guerra, como vicepresidente de la Federación Sindical Mundial, tiene Lombardo el reconocimiento de los aparatos internacionales de izquierda. Así, no es gratuito que la controversia sobre la unidad revolucionaria mexicana, la unidad de los socialistas, se diera en torno a su nombre y lo que representaba. De un lado, se magnificaban sus cualidades, y el lombardismo, incluso el lombardismo crítico de ex militantes del PC, lo proclama el “hombre de la unidad”; del otro, se pone el énfasis en sus errores, en duda sus tácticas, vistas en señales de inclinaciones a someterse a los designios gubernamentales.

BUSCA DE LA UNION PERDIDA

No cuajó en los días de Cárdenas el objetivo del frente popular. En su debilitamiento, el PC cedió la dirección del proyecto a la CTM, a Lombardo, y finalmente se diluyó en la creación del Partido de la Revolución Mexicana. Dentro de las características de alianza que tiene éste, el PRM de Cárdenas, la izquierda, toda la izquierda, lombardista y comunista, participa en la batalla electoral de 1940. Pero de ella, aunque sin tomar el poder, sale fortalecida la derecha. Manuel Avila Camacho, el “presidente conciliador”, se siente obligado a conciliar más; y con su estilo, las prédicas de “unidad nacional” —condicionadas por la guerra, ideologizadas por Lombardo, comprometida en ellas toda la izquierda, aunque no sin críticas a su formulación extrema— propiciaron el ablandamiento de la lucha proletaria. Se mantiene aún la idea de influir en la conducción del poder político —desde dentro o desde fuera—, y todavía en 1946 el candidato gubernamental a la Presidencia, Miguel Alemán, puede aparecer como el abanderado de un frente revolucionario común, incluido en él el PC.

Sin embargo, esas confluencias, esos acomodamientos coyunturales de superficie, no escondían los desgarramientos, la dispersión la pulverización de la izquierda en grupos y subgrupos. En esa situación, antes del final de la guerra, pero cuando ya podía preverse la derrota de Hitler, resurge la idea de

una búsqueda de unidad: entran en pláticas Lombardo y los comunistas, Lombardo y las varias fracciones de excluidos del PC, Lombardo y Bassols. . . Finalmente, se anuncia: el 2 de septiembre de 1944 nacería la Liga Socialista Mexicana. Prendía la esperanza, se veía como un rayo de sol que rasgaba los nubarrones. Sólo respecto a dos de sus antiguos adherentes, Hernán Laborde y Miguel A. Velasco, afeerraba su veto el PC. No sería la Liga un partido, ni disfrazado, porque para ello "no se daban las condiciones". Enrique Ramírez y Ramírez, de los expulsados del PC en 1943, en una conferencia que se recogió en folleto con el título: *Hacia la unidad de los socialistas mexicanos*, le explicaba la finalidad a sus compañeros del grupo El Insurgente, el 10. de septiembre, víspera del día fijado para la fundación de la Liga. Sería ésta un órgano de acción y análisis dirigido a crear conciencia política fundada en la doctrina socialista, y contribuiría a la unidad de todos los revolucionarios mexicanos. Y era necesaria, porque frente a la profunda crisis de la izquierda, la reacción había creado dos partidos modernos: Acción Nacional y la Unión Nacional Sinarquista, y "si la relación de fuerzas no cambiara, la perspectiva no podría ser otra que la de una derrota catastrófica de las fuerzas progresistas y revolucionarias del país". Con todo, la Liga, prácticamente, murió nonata.

A la Mesa redonda de los marxistas

mexicanos, del 13 al 22 de enero de 1947, asisten todos los grupos políticos y algunas de las más representativas personalidades de la izquierda que se asimilan al marxismo (con excepción, naturalmente para la época, de los seguidores de las ideas de Trotsky). Convocada por Lombardo, se propone la discusión de "objetivos, estrategia y tácticas del proletariado y del sector revolucionario de México, en la actual etapa de la evolución histórica del país". Dentro de la pugnacidad en que se desenvuelven los debates, marcados por el perpetuo "lombardismo" y "antilombardismo", se reproduce la inquietud por la unidad de izquierda frente al fortalecimiento de la derecha —que ya ganaba posiciones ideológicas dentro del gobierno de Alemán recién nacido—, y los peligros del imperialismo del posguerra, con los Estados Unidos de paladín incontrastable entre sus congéneres capitalistas. La conferencia está cruzada por la idea lombardista de constituir un partido amplio de masas, "popular", con el apoyo de todas las corrientes del marxismo, pero sin mengua de la existencia del Partido Comunista. Se desdeña, en cambio, por impracticable en la circunstancia, la búsqueda de la unidad dentro de un partido único de la clase obrera, idea que defendían en particular Laborde y Campa, repudiados aún por el PC. Las diferencias de los grupos no se solventan, y los acuerdos de la conferencia son percarios; pero el proyecto mismo del Partido

Popular —los accidentes de cuya vida quedan fuera de estos apuntamientos— lleva en sí cierta idea de frente revolucionario. En su período de organización, los militantes comunistas suman su número para lograr el registro oficial, ya obstaculizado por la maquinaria gubernamental de Alemán.

CASI LA ALIANZA

Surge en aquellos años el gran movimiento por la paz, amplio por su propia naturaleza, y ahí confluye la izquierda, aunque ahí también, en las tácticas por su conducción, se reedita la controversia entre “lombardismo” y “antilombardismo”.

Llega la hora de la sucesión de Miguel Alemán y, con ella, un singular momento de acción unitaria de la izquierda. Entre otras consideraciones, por su propia pervivencia, el joven PP, a los 3 años de su nacimiento, decide lanzar la candidatura de Lombardo a la Presidencia de la República, en diciembre de 1951. No es ya el líder de las masas obreras organizadas. Desde 1947, la CTM, bajo presión gubernamental, rompió el pacto de apoyo a la creación del PP y terminó por excluir de sus filas al propio Lombardo. Se mantiene éste, sin embargo, como la individualidad representativa de los revolucionarios mexicanos de ideas marxistas. El Partido Comunista Mexicano no vacila en hacerlo también su candidato, y a los pocos días sigue

igual camino el Partido Obrero-Campesino Mexicano, de Laborde, Campa, Carlos Sánchez Cárdenas, Miguel A. Velasco, etcétera. No hay trabas legales para la coalición, porque sólo el PP posee el registro. Son los tres partidos de la izquierda más definida; pero no toda la izquierda mexicana. En la oposición al alemanismo y a su candidato Adolfo Ruíz Cortines, está también Miguel Henríquez Guzmán, general de dudosas tendencias, pero a cuya candidatura se adhieren algunos de los más significados miembros del antiguo equipo secretarial de Cárdenas, Múgica entre ellos. Un hombre de la vieja hornada de la Revolución Mexicana, el general Cándido Aguilar, es otro candidato a la Presidencia. Los tres candidatos: Lombardo, Henríquez y Aguilar, se reúnen, inician pláticas de alianza, y cimbran los medios políticos. Falla, sin embargo, la idea del candidato común, y Aguilar se suma a Henríquez. Se frustra también la segunda opción, consistente en una planilla única de candidatos a diputados y senadores; pero se logra el acuerdo sobre un asunto programático fundamental: con base en la plataforma del Partido Popular —que tenía ya la adhesión del PCM y el PO-CM—, a la que se le introducen algunas modificaciones, se lanza la que se llamó “Plataforma Política de la Coalición de Partidos Independientes”, “aprobada por los representantes de los partidos Federación de Partidos del Pueblo, Partido Popular, Partido de la Revolución” (el primero de Henríquez y el último

de Aguilar). No habrá final feliz. A pesar de los puntos programáticos unitarios, hay pugna táctica de lombardismo y henriquismo en el curso de la campaña; el Partido Comunista, que muestra inclinaciones de apoyo a Henríquez y algunos de cuyos militantes—su secretario general, Dionisio Encina, incluso— aparecen simultáneamente en las planillas de candidatos a diputados y senadores de éste y de Lombardo, declara el mismo día de las elecciones que el triunfo corresponde a la Federación de Partidos del Pueblo, a Henríquez, pues. Y será el disparadero de nuevas confrontaciones agrias entre comunistas y lombardistas.

ARRIBA, ABAJO, ARRIBA. . .

Por supuesto, no se detiene ahí la historia de búsquedas, pugnas, escisiones y nuevas búsquedas de unidad, de alianzas, de frentes. Es largo el catálogo de accidentes e incidentes, y sólo caben aquí algunos señalamientos en fotografía instantáneas de superficie.

Dentro del campo sindical, el movimiento ferrocarrilero de 1958-1959 es anuncio de nuevo auge de la lucha obrera. “Despierta el monstruo”, decían los carteles de una marcha. Los tres partidos de izquierda —PP, PC y PO-CM— conversan, llegan a trazos comunes. Pero el golpe gubernamental a los trabajadores del riel (sin eximir de responsabilidades a la línea maximalista adoptada por una fracción del

PO-CM) disgrega la alianza, provoca recriminaciones, nuevas pugnas, y repercute en el interior de los partidos. A contragolpe, en el PC se revisa la propia historia, se replantean estrategias y tácticas.

Decide el PP, en 1960, su transformación en Partido Popular Socialista, es declarado partido de la clase obrera; no el único, que alguna vez, por 1945, concibiera Lombardo y en 1947 proponían Laborde y Campa, sino uno entre otros a los que se ofrece los brazos para el día en que suene la hora de la unidad.

Un año después, en agosto de 1961, resuena la clarinada del Movimiento de Liberación Nacional. Ahí cabemos todos, quienes están organizados en partidos y quienes andan sueltos, incluso gente del PRI, todos los dispuestos a las batallas por la soberanía nacional, por la emancipación económica, por la paz. Cárdenas ha vuelto a la militancia, su figura convoca voluntades. Y en un pueblo de América Latina, en Cuba, hay una revolución victoriosa a la que es preciso defender. ¿Y no el gobierno mismo da combates internacionales por Cuba? Sin embargo, en el gobierno brota la desconfianza hacia el MLN, y lo obstaculiza, solapadamente persigue a sus miembros, les cierra puertas. Y el foco de atracción que es la Revolución Cubana en marcha hacia el socialismo incita solidaridades, pero, al propio tiempo, acarrea divergencias sobre los modos de conducir la lucha nacional. Las refriegas

dentro del MLN lo estrechan, lo extenuan, debilitan su carácter amplio, sin convertirse en el partido que algunos pretenden de modo más o menos disimulado. Se desvanece.

Conoceremos buenos ejemplos de concentración orgánica, aunque parciales. En 1963, el PO-CM, que —muerto Laborde y reintegrado Campa a su viejo seno materno, el PC— dirigen Sánchez, Cárdenas y Velasco, se funde en el PPS. Tras muchos años de controversia, han encontrado las formas de entendimiento con Lombardo; pero Lombardo muere en 1968. Sin su función de cemento, el PO-MC sale del PPS, para transformarse en MAUS, combativo aunque pequeño grupo al que llegan los dispersos de otras diásporas.

Pareció el CNAO el mejor trasunto de proyecto político tras el efecto dispersivo que sucedió al 68. Los que volvían a la acción después de los años de cárcel, nimbados de heroísmo, con carga de voluntad, congregaban, y había con ellos nombres de la inteligencia culta que al fin se decidían a hacer política organizada. Hubo entusiasmo por 1972. Al cabo, mientras los intelectuales se fueron a seguir su vida intelectual, del núcleo dividido nacieron dos partidos en pugna: el PMT y el PST, y los dos sabrán de escisiones. En 1981, con los más refinados métodos de las antiguas “purgas”, el PST se sacudió de un grupo de jóvenes cuyo pecado era la crítica y el deseo de sacar a su partido del enconchamiento anti-

unitario, cuando otras fuerzas de la izquierda apelaban a la unidad. Su dirigente número uno se dio baños de soberbia y de intolerancia.

Varias veces en el período reciente, el PPS y el PCM —a los cuales se agregaban en la idea algunos grupos menores— se quedaron a las puertas del acuerdo de una acción electoral común, sobre la base de un programa mínimo. Señaladamente en 1979, mientras el PST esgrimía la peregrina tesis de su rechazo a “sumas de debilidades”, a guisar “una sopa de letras”, y daba la impresión de preferir acercarse su asadito a los rescoldos del favor gubernativo. Y todavía hoy, en 1985, este partido, que al nacer dio trazas de ímpetus juveniles, parece empeñarse en hacer rancho aparte, de regreso de un rápido paseo desgano por los senderos de unidad.

También en 1979 se dio el primer ensayo moderno —y no sin frutos apreciables— de un acercamiento de grupos que limaban asperezas. El PC —que, al fin, al calor de la reforma política inducida al gobierno por un complejo de circunstancias y reclamos, había obtenido su registro— fue el eje de la Coalición de Izquierda. No obstante parcial, ligada ésta a comunistas y al PPM —el desprendimiento del PPS de 1976 que reivindicaba un “lombardismo auténtico”, no enquistado en sus formulaciones—, y antiguos expulsados del PC, como eran los reunidos en el MAUS y la UIC, y al grupo de divergentes de la línea lombardista aline-

dos en el PSR. El paso superior siguiente, hacia la unidad orgánica, fue la creación del PSUM, en 1981, que no llega aún a consolidar su carácter de nuevo compuesto, que es una amalgama donde se distinguen los elementos formativos, pero que, con todo, dentro de su inestabilidad y con la reproducción de los choques de antiguas concepciones, apunta a perspectivas de política mejor conjugada a los tiempos que corren.

EN EL PELIGRO LA ESPERANZA

Y así llegamos al momento actual, cuando la derecha se ha fortalecido a un grado que hace ver como meros sustos de niños los temores que la izquierda de 1944 ó 1947 vislumbraba. Es la derecha de oposición y la derecha de sumisión dentro de las tenden-

cias gubernamentales en balanceo. Sin estar en la orden del día la unidad orgánica capaz de concentrar la diversificación al infinito, hay conciencia de que sólo la acción unitaria de la izquierda puede enfrentar los riesgos y señalar horizontes. La conciencia, sin embargo, se agota aún en el deseo, y los obstáculos son mayúsculos.

Acaso, si los refranes no fueran hijos de las ilusiones, se diría que “a grandes males, grandes remedios”, que de la izquierda, en la encrucijada, debe despuntar el golpe de audacia determinante. Tal vez habría que volver los ojos a la experiencia de 1935, cuando de los lodos de la dispersión, ante el peligro, saltaron las líneas de fuerza de la unidad que 24 horas antes se hacía inconcebible. Hago de las tripas de escepticismo corazón de optimismo. Pero este artículo sólo puede concluir en puntos suspensivos. . .

